

CELCIT. Dramática Latinoamericana 375

MALINCHE

Inés Stranger

PERSONAJES: M (2) / F (5)

La madre

La hija mayor

La segunda hija

La tercera hija

La niña

El extranjero

El emisario

En escena se intenta reconstruir un espacio ritual que represente una unidad familiar básica.

En este espacio, se realizan las funciones esenciales del habitar: alimentarse, dormir, rezar, trabajar, conversar, narrar, soñar, amar y tener hijos. Es, entonces, la abstracción simbólica del hogar. Un lugar para el fuego y los alimentos, otro para descansar, otro para guardar y otro para compartir.

Cuando los personajes hagan referencia a "puertas" o "ventanas" se estarán refiriendo al acceso a este lugar. Ni las puertas, ni las ventanas, ni las paredes se materializarán en la escenografía, sólo serán convocadas a través del texto en la imaginación de los espectadores.

La idea es que así se produzca un quiebre temporal que evoque otras situaciones de ocupación (ser el botín de las guerras ha sido, para las mujeres, uno de nuestros peores papeles).

Las escenas están encadenadas siguiendo una secuencia más teatral que real. Es decir: si un personaje sale en una escena y luego entra en la siguiente no significa que mantenga la acción en ambas escenas. Puede haber transcurrido tiempo entre una escena y la otra.

Escena 1

La noche está tranquila. El fuego alumbra la escena. En un lado, la niña hace sus deberes escolares. La madre, del otro lado, limpia unas lentes. La niña, de quince años, lleva sus trenzas amarradas con cintas blancas. Canta una canción de escuela. Se interrumpe.

- ¿La palabra "anhelo" se escribirá con "h"?
- No lo sé hija. Qué sé yo de todo eso.
- Bueno, no importa... la h no suena.
- ¿No suena?
- No. La h es muda.

La madre se detiene. No comprende.

- ¿Muda? ¿Existe una letra muda?

La niña se ríe. La madre se ríe con ella.

- Todas las letras son mudas para mí.

La madre baja los ojos. La niña no la mira, no se atreve. Vuelve el silencio. La madre atiza el fuego, la niña ordena sus cuadernos.

- Madre, yo puedo enseñarle a escribir su nombre.
- Tal vez.
- Cuando llueva tanto que no sea posible ir a la escuela aprenderemos juntas. Asaremos las castañas y le contaré muchas cosas.
- Quizás.
- Las letras pueden ser buenas amigas ¿sabe? Si usted aprendiera a escribir también podría leer y saber lo que pensaban otras personas, que tal vez ya estén muertas, ¿no le entusiasma?

La madre se sonríe.

- Siempre fuiste muy curiosa.

La niña cambia de tema.

- Este invierno tendremos leche. La cabra está por parir, ya no puede ni moverse.
- Ahá.
- Pero ojalá que no sea hoy porque mañana vienen del pueblo a examinarnos.
- ¿Sí?
- Quieren saber si hemos adelantado en los estudios. Creen que somos más lentos que los alumnos de allá.
- Cosas que cree la gente. No hagas caso.
- No lo hago.

La niña mira el fuego.

- Esta noche no hay luna. No ha parado de llover.

El sonido de la lluvia entra en escena. Luego, el galope de unos caballos y el ladrido de los perros. Es el miedo. La madre, rápida, apaga el fuego. La niña comprende el peligro. La hija mayor se precipita.

- Ya están aquí.
- No hagas ruido.

La madre sostiene un palo con sus dos manos. La hija mayor toma un cuchillo. La niña llora arrinconada en el suelo de piedra.

Afuera, los jinetes ríen. La niña se cubre la cara. La hija mayor grita sin sonido. Se escucha el palpar de sus corazones.

- Están borrachos- dice la niña.
- Celebran el fin de la batalla- dice la madre.
- Y ahora viene por nosotras- dice la hija mayor.
- ¡No!

Es la niña que ha gritado. Los de afuera han oído sus sollozos. Ríen más fuerte. La hija mayor tapa la boca de su hermana.

- Cállate.

Comienzan los golpes. Los seguros parecen ceder.

De pronto, la madre comienza una oscura letanía. Se escucha el ruido de un tambor lejano. El poder de la madre lo inunda todo. Las hijas tiemblan. Afuera ya no hay risas, sólo el galope que se aleja.

- Wen Fücha, wen Kuse. Kellumuiñ, kellungé ta mi pu che. Petu mülei ta mi pu kotüm. Ta mi pu ñawe. Kellumuiñ mai chau. (Padre del Cielo, Madre del Cielo, ayúdanos, ayuda a nuestra gente. Aún están tus hijos acá y tus hijas también y queremos seguir permaneciendo con tu ayuda, Ayúdanos Padre).

Vuelve el silencio.

Las hijas miran a su madre y retroceden. La madre no dice nada. Las hermanas se abrazan en la penumbra y hablan en susurro.

- Hermana, tengo miedo. Estoy temblando.

- Vamos, calla, anda a tu cama. Mañana no irás a la escuela.

Las dos hijas miran a la madre. La madre se ha perdido en el tiempo.

Escena 2

La hija mayor arropa a su hermana. La niña duerme. Madre e hija permanecen en silencio. Afuera, la lluvia no ha cesado. La hija mayor desata su trenza. La madre la observa.

- ¿Qué haces?

- Voy a salir a calmarlos.

- Quédate. No hagas nada.

- No trajeron sus mujeres.

- No les ayudes... si te tienen, que sea por la fuerza.

- No. Voy a ir a buscarlos. Ya no soporto el jadeo de los caballos y las correrías alrededor de nuestra casa. Paso las noches esperando que se acerquen y cuando siento sus golpes en las puertas no puedo reprimir el anhelo de que logren vencerlas.

La madre se acerca. La hija teme y se hace a un lado.

- Madre - dice suavemente - nuestro destino está trazado... Ya no podemos oponernos.

La madre se enoja.

- Tú no sabes lo que dices. No nos queda sino defendernos. Ya no tenemos más que un vago recuerdo de lo que fuimos, sin embargo es lo único que nos queda.

- Es que usted no me comprende. Yo quiero ir... Quiero salir a encontrarlos esta noche. Prefiero sentir el aliento del deseo y no mi aullido de dolor.

La madre sospecha.

- ¿Los conoces? ¿Ya los has conocido?

- No. Pero hace días que el capitán me observa mientras busco la leña.

- ¿Te ha tocado?

- Nos hemos mirado...

- ¿Sólo eso?

- Y le miré las manos... presentí su calor y el deseo me cruzó como un rayo.

- Cállate. No quiero oír esto que dices.

- Tampoco quisiera decírselo, madre, pero ya no puedo ocultarlo.

La hija está perturbada. La madre la observa.

- Madre piénselo usted, si me voy con el capitán las dejarán tranquilas... yo sé que puedo conseguir eso. Por sus ojos me he dado cuenta de que me quiere.

- Sólo quieres irte detrás de él.

- Porque no puedo sino hacerlo. Ya no tengo otro deseo que el de abrazarlo, ni tengo otra ilusión que sentir su boca en la mía. Madre comprenda, ya no soy la misma persona.

- No, no lo eres. Pero si quieres irte a la venta, buscaremos nuestras condiciones.

La madre sale.

- No salga... por favor...

La madre grita.

- ¡Capitán! ¡Le doy una hija por una tregua! ¡Dícales a sus soldados que retrocedan!

- Cállese, se lo ruego...

- ¡Sólo le pido que la niña pueda ir a la escuela!

- Madre, yo quiero verla sufrir. Yo siempre la he obedecido. Siempre he aceptado su castigo. Pero ahora soy inocente, porque nada de esto lo he buscado.

La madre comprende. La hija baja la cabeza. La madre pone su mano sobre ella.

- Anda, y que nadie te haga daño.

La hija sale de prisa. La madre cierra la puerta.

- Será peor. Las querrán tener a todas.

Y esa noche la pasa en vela.

Escena 3

A la mañana siguiente la madre permanece en vigilia. La segunda hija, hasta ahora desconocida, entra con un balde de agua. Por un momento, la luz del día entra en la habitación. La niña se levanta.

- Temí que no regresaras... Es tan difícil atravesar los campos en estas horas.

- Difícil para quien no conoce los caminos.

- Estás extraña.

- Sí. Esta noche me he sentido lejos de mí misma. Fui conmovida por una promesa. Comprendí que todos somos parte de la misma luz que viene del cielo.

La segunda hermana saca un libro de su morral.

- Hermana, ellos guardan en este libro esos misterios. Esta noche mientras dormían pude entrar en sus baúles y robarlo.

- ¿Un libro? ¿Estas son todas las palabras que ellos tienen?

- Estas son todas las palabras ciertas, ¿me ayudarás a comprenderlas?

- Sí.

- Ahora anda a lavarte que el agua está fresca.

La niña sale corriendo. La segunda hija busca la leña.

- ¿Dónde has estado? ¿Dónde estuviste en esta noche?

- Fui a la misión.

- ¿Conseguiste algo?

- Muy poco. Todos estaban reunidos en una extraña ceremonia. La luz de las velas iluminaba la imagen de un hombre desnudo y se oían las voces de unas mujeres que cantaban.

- ¿Mujeres? ¿Pudiste verlas?

- No. Sus rostros estaban cubiertos y también ocultaban sus manos.

- Ya están llegando los nuevos cultos. Están avanzando sobre nosotros. ¿Cómo vamos a resistir?

- ¿Estuvieron aquí?

- Sí.

- ¿Lograron entrar?

- No. Tu hermana mayor se fue con ellos.

Afuera, las voces de la niña que canta. Adentro, la madre y la hija permanecen en silencio.

- ¿No vas a decirme nada?
- No. ¿Qué podría decir?
- Es verdad, qué podrías decir.

Entra la niña corriendo y deja caer el maíz.

- Sentí pasos.

Las tres mujeres permanecen en silencio. Se escuchan unos suaves golpes. No contestan. Los golpes nuevamente.

- Pase usted.

Entra el emisario. La segunda hija vigila la puerta.

- No tenemos nada. Ya vinieron por el maíz y las papas.

El emisario mira el suelo.

- Ya veo.

La niña pide disculpas.

- Dejé algo de maíz para las aves ¿sabe? Estoy aprendiendo a criarlas.
- Eso está muy bien. Tienes mucho que aprender de nosotros.

El emisario recorre la habitación.

- Aquí no encontrará nada.
- ¿Cómo sabe que busco algo?
- Siempre buscan algo.

El emisario se acerca a la niña. La niña baja los ojos.

- Uno de hombres del capitán desapareció.

La segunda hija se adelanta y protege a su hermana.

- Aquí no está.
- Se lo ha visto con una de sus hijas.
- Yo no sé nada.
- Sólo vine a prevenirlas.

El emisario sale. La niña, nerviosa, recoge el maíz. La segunda hija sirve algo de comer. Comen en silencio.

Pasa el tiempo.

Escena 4

- Madre, recíbanos, por favor.

La niña corre a abrir la puerta. Una nueva hija, -la tercera hija- que hasta ahora no había aparecido, entra y se acerca a su madre. Viene sucia y derrotada.

- Necesitamos de su ayuda.

Todas miran al extranjero que entra. Está herido del costado, sangra. Tiene fiebre y su mente se ha cargado de visiones. Delira. Ellas no comprenden lo que dice.

- Creo que las Indias han de ser para que nosotros no vayamos al paraíso.

Se desploma.

- Traes al enemigo a nuestra casa.
- El es distinto.
- ¿Por qué?
- Ha abandonado al capitán, ya no seguirá con los suyos.
- Eso no cambia las cosas.
- Madre ayúdenos, él va a morir.

La madre no hace nada. Las hijas tratan de ayudar al extranjero. La segunda hija le habla a su hermana.

- Los están buscando. Te han visto con él.

La niña tiene miedo. El extranjero tiene la mirada de los muertos.

- Vino el emisario...
- ¿Sí?
- ...dijo que venía a prevenirnos. Dijo que uno de los...

La madre ordena.

- Ayuda a tus hermanas.

La niña calla.

- Madre, no nos reciben en ninguna parte. Todos nuestros amigos nos han abandonado.
- ¿Y cómo confiar en ustedes? Nadie sabe de qué lado están.

El extranjero delira en su idioma.

- Por cuanto en la dicha provincia y en los pueblos que vuestra majestad tiene poblados, los dichos súbditos, por la mayor parte tienen perros carniceros y cebados en los dichos indios naturales...

El extranjero se levanta. Busca desprenderse de sus visiones, grita.

- Que cierto que hasta agora se ha hecho gran carnicería con ellos y más parece crueldad que no castigo...
- Hace días que sufre estas pesadillas. No pudimos seguir avanzando. ¡Madre, por favor! Yo sé que usted puede salvarlo.
- ...y están de tal modo los dichos perros encarnizados que yendo por la calle o por el campo o por otros cabos, los perros arremeten contra los indios naturales e les maltratan e les hieren e medio burlando e medio de veras se los tiran y quedan lisiados e casi degollados.

El extranjero llora. La tercera hija lo consuela.

- E con decir: no lo quise hacer o no lo vide se disimula...
- Tranquilo. Estamos en la casa de mi madre.

Lentamente él se recupera. Fija su atención en la madre.

- Disculpe usted.

Se seca las manos y saluda a la madre. Ella duda y luego corresponde. Él busca la manera de expresarse, habla lentamente.

- No es por falta de respeto que me acerco a usted con las manos vacías.
- Deje eso, estos no son tiempos de regalos.
- Estoy lejos de mi tierra y lo he perdido todo...
- Está bien.

El extranjero vuelve a llorar.

- He dejado que mi vida se consuma en el infierno.
- Hazlo dormir.
- ¿Lo curará?
- No sé. No conozco a los dioses que le atormentan.

La madre busca unas hierbas y comienza a machacarlas sobre una piedra.

- Se quedarán hasta que él mejore, luego tendrán que irse.
- Gracias.
- Trae agua, hay que lavar las heridas.

La segunda hija busca un recipiente para el agua.

- ¿Puedo ir contigo?
- No.
- Si ves al maestro dile que no puedo asistir a la escuela.

La segunda hija sale.

Escena 5

La madre prepara las medicinas. La niña le ayuda.

- Mamá...
- ¿Sí?
- Quiero decirle que no trate de ocultarme las cosas...

La madre no dice nada. Destapa las heridas del extranjero y lo cura. El diálogo con la niña se hace difícil.

- Cada día son más las amenazas... ya no nos dejan ni dormir. Cuando era niña me parecía que la guerra estaba más lejos. Había momentos en que la olvidaba.
- Cuando eras niña vivíamos una tregua. También las guerras terminan por aburrir: los enemigos se conocen, hacen una vida juntos, ya no quieren seguir luchando.
- ¿Y ahora?
- Ahora llegaron otros soldados. Ha comenzado todo de nuevo.
- ¿Cómo cuando usted era joven?
- Sí. Como cuando vinieron por primera vez.
- ¿Eran muchos los de entonces?
- Sí.

Pausa. El extranjero grita. La tercera hija está a su lado.

- ¿Mi padre venía con ellos?

La madre no le responde.

- Hazlo dormir -le dice a la tercera hija.

La niña sigue a la madre.

- Usted no tiene por qué negarlo. Siempre supe que mi padre no era el de mis hermanas. Usted no me trataba del mismo modo. A veces sentía miedo de mí... muchas veces se quedaba mirándome.
- Tus ojos no son los de los míos. Llevas la marca de la ausencia.

La niña se acerca a su madre. Quisiera abrazarla pero no sabe cómo hacerlo. La segunda hija llega muy agitada.

- Todos nuestros animales están muertos.

La niña sale corriendo.

- ¿Cómo?
- Fueron degollados.

Se miran sin saber qué hacer.

- Es nuestra culpa, ya saben que estamos aquí.

La segunda hija muestra sus manos con sangre. La niña entra llorando.

- Mi cabra también está muerta. Le abrieron el vientre y le robaron las crías.
- Cálmate. Ya no podemos hacer nada.
- Tenía los ojos abiertos... tenía los ojos llenos de lágrimas...
- Ahora no hay tiempo para llorar.

La madre se prepara para salir. Toma una herramienta de labranza. Las dos hijas mayores la siguen.

- Quédate aquí y vigila al extranjero.
- No lo dejes salir por ningún motivo. Nadie puede verlo.

Salen. La niña queda sola. Coge un cuchillo y lo clava en el suelo.

Pasa el tiempo. La niña permanece al lado del extranjero. Mientras él duerme, ella lo mira. Desconoce sus rasgos, sus gestos. Cuando él se queja, ella se asusta.

Escena 6

- Hermana.

Es la hija mayor. Viste ropas nuevas. Está peinada de otro modo.

- ¿Estás sola?

- Sí.

- Necesito hablar con nuestra madre.

- Ya volverá.

- Sé que mi hermana trajo a un hombre del capitán a vivir a nuestra casa.

La niña no quiere responder.

- No podrá seguir aquí.

- Yo no sé nada. Yo no le he hecho daño a nadie.

- Ya lo sé hermanita... pero esta es una guerra y un soldado no puede evadirse de una guerra. ¿Tú comprendes?

- No.

- A eso se le llama traición... Ellos han venido desde muy lejos para combatir juntos... No pueden abandonarse. Él no es el primer soldado que se pasa al enemigo...

La hija mayor se interrumpe. Llegan la madre y las hermanas.

- ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves a venir a nuestra casa?

La hija mayor se dirige a su madre.

- Quería hablar con usted.

- Madre dígle que se vaya. No tiene nada que decirnos.

- Nosotras ya sabemos de qué lado está.

Las hermanas rodean a la hija mayor.

- Déjenme, déjenme tranquila.

Giran cada vez más rápido. La acción se hace cada vez más amenazante. La madre se sienta cansada.

- Déjenla.

Se detienen. La hija mayor cae con un grito. Las hermanas se alejan. La hija mayor se levanta y arregla sus ropas.

- Madre, he hablado con el capitán... pero no puedo hacer más si usted no me ayuda. El dice que no pueden darles refugio a los desertores, que no pueden apoyar de este modo la sedición.

- Sólo he recibido en mi casa al compañero de mi hija.

La hija mayor mira a la tercera hija.

- ¿Pero es que usted no se da cuenta? Acoger a ese hombre es peligroso...

- Una guerra siempre es peligrosa.

- Es que él necesita capturarlo. Ha perdido autoridad, sus soldados se ríen de él.

Nadie le responde.

- Ese hombre es un traidor. Se está aprovechando de ustedes.

- ¿Cómo te atreves a hablar de traición? Duermes con el hombre que atormenta a tu familia.

- Porque mi familia está protegiendo a un cobarde.

Las dos hermanas se golpean. La madre y la segunda hija logran separarlas.

- No se vuelvan a golpear. Cada una de ustedes está en lo suyo.

- Nosotras tomaremos nuestras decisiones.

La tercera hija trata de contener la furia. La hija mayor llora.

- Ustedes no me quieren entender, vine porque sé que mientras el fugitivo esté en esta casa no habrá descanso para ustedes...

La madre se acerca a ella.

- Sólo quería decírselo, madre.

- Ya lo hiciste. Anda tranquila.

La hija mayor se cubre para salir. Se despide de sus hermanas con la mirada.

- Nunca debimos venir aquí. Partiremos mañana antes de que amanezca. Usted no debe preocuparse.

- Se quedarán. No será el primer extranjero que conozca nuestro corazón.

Fin del primer acto

Segundo acto

Han pasado algunos meses. El encierro comienza a pesar. La atmósfera se siente cargada de pequeñas hostilidades. La acción se retoma en un atardecer.

Escena 7

En un rincón, al margen de la familia, el extranjero permanece en silencio. La niña escribe en un cuaderno gastado. La madre y la tercera hija se arriman al calor del fuego.

De pronto, las miradas se concentran en la niña que se acerca al extranjero. La niña le extiende el cuaderno.

- Si usted pudiera corregir esto que he escrito... Yo no sé distinguir cuáles son las faltas.

El extranjero duda, sonríe y recibe el cuaderno. Lee con dificultad. La niña espera una respuesta.

- Para mí está bien como está. Yo poco entiendo de estas cosas. En mi tierra era artesano.

- Comprendo.

La niña sigue a su lado.

- ¿Es verdad que su tierra está al otro lado del mar?
- Sí es verdad.
- ¿Y por qué quiso venir de tan lejos?
- No lo sé... contaban tantas cosas...
- ¿Qué contaban de estas tierras?

El extranjero responde triste.

- Cosas más fabulosas que ciertas.

La tercera hija interrumpe.

- No molestes con tus preguntas.

La niña comienza a cantar, la tercera hija impaciente se da vueltas por la casa.

- ¿Por qué no dejas de cantar? ¿No te das cuenta de que molestas?
- No, no me doy cuenta.
- Déjala. Todavía es una niña.

La niña se siente encerrada.

- Este día no tiene final.

Afuera, se sienten pasos. Todos ponen atención a la segunda hija que entra. A cierta distancia viene la hermana mayor sucia y desgreñada.

La segunda hija explica a su madre.

- La encontré junto al río. El capitán la ha entregado a sus soldados.

El extranjero grita, no sabe contener su furia. La madre lo mira.

- Será mejor que nos deje solas.

El extranjero sale sin decir nada. La hija mayor entra en la casa. Camina lento con los ojos bajos.

- Yo quisiera decirle...

La madre la mira y comprende.

- No tienes que explicarme nada.

La hija mayor besa la mano de su madre.

- Si usted pudiera...

- No digas nada. Nos hará bien ver a un niño correr por nuestra casa.

La niña no sabe qué hacer, llora. La tercera hija, tímida, tiende los brazos a su hermana.

- Todas merecíamos una mejor suerte.

La hija mayor suspira, está demasiado triste para llorar. Sus hermanas y su madre se hacen cargo de ella.

- Madre, ¿hay algo en mí que le resulte conocido?

- Todo tu cuerpo me recuerda al mío.

Las hermanas desnudan a la recién llegada y lentamente, en una antigua ceremonia familiar, la bañan y la perfuman. Realizan sus acciones con gran cuidado, temen hacer más profundas las heridas. La hija mayor se entrega, indiferente de sí misma.

- Mi boca ya no es mi boca. Mis manos no son mis manos. Estoy muda para el dolor y muda para el placer.

- Calla.

- El cuerpo mío está muerto. Este cuerpo es una idea.

- Tranquila. Vas a estar bien.

- Este cuerpo es la frontera. Este cuerpo recoge el germen de todos los enemigos, este cuerpo contiene la sangre de todos los que eran míos.

La segunda hija le toma la frente.

- Descansarás y poco a poco irás olvidando.

La hija mayor sigue en su extravío.

- Este cuerpo no tiene límites. Se extiende por nuestra tierra y echa raíces en el futuro. Este cuerpo germina, a pesar de mi dolor. Ya no vivo más que por la raza que muere en mí.

Las hermanas la secan, la visten con ropas limpias. La hija mayor grita.

- He tenido ocasión de conocer al demonio, galopaba en un caballo que corría echando fuego.

La madre la abriga.

- Llévala y acompáñala hasta que se duerma.

La segunda hija acompaña a su hermana. La niña permanece junto a la madre. La tercera hija sale a buscar al extranjero.

La madre quema la ropa de la hija mayor e invoca a los antiguos. La ropa arde y alumbra la habitación. La niña se sienta a esperar que el fuego se extinga.

Escena 8

Afuera, el extranjero que corta leña bota su enojo y su impotencia.

- Tal vez fue el frío de estas soledades, tal vez el aire demasiado helado que al cruzar las altas sierras sentimos a más las causas naturales de la guerra. ¿Cuándo su alma se mudó dura y aquél que creí mi amigo se transformó en una fiera?

La tercera hija llega a su lado.

- Vamos entra, pueden verte.
- ¿Y qué importa?
- Te matarán.

- ¿Y tiene sentido que siga encerrado exponiendo a tu familia por defender mi vida?
- Nuestra vida. Hemos sido felices en este tiempo.
- Sí. Mientras tú y yo hemos sido felices, mis hermanos, mis amigos, aquellos con los que emprendí esta aventura han comenzado su viaje al infierno.
- Tú no puedes hacer nada. Tú no eres responsable de sus vidas.
- Lo soy. Sólo ahora me doy cuenta. Todos los de mi reino somos responsables. Nuestra culpa comienza al venir a estas tierras. Creímos que teníamos el mundo en nuestra mano y hemos sido devorados por esta locura. ¿Ahora ante quién respondemos? ¿A quién damos cuenta de lo que hemos hecho?
- Tú no has hecho nada malo.
- Tampoco he hecho nada bueno. Yo quería trabajar para construir un mundo nuevo y me he dado cuenta de que he trabajado para el demonio.
- No te comprendo.
- Algunos de los nuestros han perdido la razón y yo no he hecho nada para impedirlo. No fue para esto que dejé mi pueblo. No fue para comportarme como un cobarde y perder mi vida y mis ideales.
- ¿De qué ideales me hablas? Una ocupación no tiene otro ideal que el de la muerte.
- Yo no quería la ocupación. Estaba buscando una nueva forma de vivir.
- ¿Y no es eso lo que has encontrado?

El extranjero la mira a los ojos.

- Sí, yo tuve la suerte de conocerte.
- ¿Entonces?
- Eso cambia mi destino. Si te he querido es que debo defenderte. No puedo seguir a tu lado.
- Te vas.

- Sí.

El extranjero quiere explicar, quiere convencerla.

- Hay entre los míos muchos buenos corazones que no saben lo que pasa en estas fronteras. Es necesario que los encuentre.

- ¿Para qué? Quédate con nosotros. Si quieres luchar vamos con los míos.

- No. Yo no voy tomar las armas contra mi gente. Voy a explicar, voy a contar, voy a convencer...

- ¿Es que crees posible un entendimiento?

El extranjero la mira a los ojos.

- ¿Acaso tú y yo no nos hemos comprendido?

- Sí...

La tercera hija intenta no llorar.

- También se comprenderán los que vengan luego.

Se abrazan. Es la última vez.

El extranjero la deja sin hacer ruido.

Escena 9

La tercera hija entra en la casa. La familia duerme. De pronto, se escucha el galope de los caballos y los gritos de los jinetes. Toda la casa se estremece. El miedo llega con más fuerza que la primera vez. La madre y la hija mayor cogen herramientas para defenderse.

- Esta vez, sí que van entrar.

- No te separes de mí.

La segunda hija protege a la niña. La madre recorre la casa. La tercera hija se sienta cansada.

- No lo busque madre, se ha marchado.

Los jinetes las rodean. Las mujeres gritan para darse valor. El ruido se va haciendo cada vez más intenso. Luego, cae el silencio. Ellas permanecen alertas. Vigilan.

Se escucha la voz del emisario que llama.

El emisario entra. La hija mayor quiere golpearlo. La segunda hija la detiene.

- El desertor fue tomado prisionero.

La tercera hija resiste el dolor y no dice nada. La madre habla por ella.

- Entonces nos dejarán tranquilas. Su capitán ya tiene lo que quería.

- El capitán me pide que les aconseje dejar este lugar.

- ¿Por qué?

- Piensa que esta tierra no estará mal para un poblado, que tiene agua y que tiene sol.

- Esta tierra siempre ha sido nuestra.

- Dejará de serlo.

- Aquí están enterrados mis padres y mis abuelos.

- Señora comprenda usted. Ya no hay nada que nos impida incendiar la casa y destruirlo todo.

La madre calla. La niña hace oír su voz.

- Dígale al capitán que nos iremos y que estaremos felices de no verlo más.

- Está bien. Así se lo diré.

El emisario se va. La niña se hace cargo de su decisión.

- Dejaremos esta tierra maldita y partiremos a los cerros. Comenzaremos una nueva vida. Habrá un lugar a donde no llegue esta gente.

La niña comienza a desarmarlo todo. La madre habla a la segunda hija que permanece sin hacer nada.

- Vamos, trae tus cosas. Elige lo que más necesites.
- Yo no voy con ustedes. Voy a quedarme en la misión.
- ¿Qué dices?
- Que quiero vivir al margen de todo y tener una vida en la que todo tenga sentido.
- Y ¿cómo crees que hemos vivido? Cada mañana al levantarnos ¿no hemos mirado hacia el cielo y agradecido a la tierra sus frutos? ¿No hemos hecho nuestras ofrendas y realizado nuestras oraciones?
- Sí. Pero no conocíamos al Dios verdadero.
- ¿Y por qué estás tan segura? ¿Cómo lo sabes? ¿No me lo puedes explicar?
- Ella no puede explicarte. Su Dios la tiene atrapada como a mí me tuvo el capitán. ¿Es que no ves en su cara la ilusión?
- No podemos juzgar a Dios por las conductas de los hombres.
- ¿Y cómo si no? La tropa invocaba a tu mismo dios mientras nos azotaba.
- Escucha, ella tiene razón. Ese dios que ahora tú eliges nos ha traído muchas desgracias.
- Pero una gran alegría. Y es que existe una vida eterna. Una vida más allá de los ciclos del sol y de la luna, más allá del trabajo de la tierra y del tejido.
- Estás llorando.
- Es que no nací sino para vivir este momento, en el que puedo hablarles de lo que realmente importa. Porque soy mujer y eso no impide que tenga un destino santo.
- Hija, ¿estás bien?
- Estoy pidiendo la ayuda de mi Dios, que para decirles lo que siento necesito de palabras que no son mías, porque una voz no es suficiente para romper este silencio. Y necesito la voz tranquila para acceder al gran misterio. Escuchen... Dios tiene la mirada dulce y sonriente.
- Ese dios que te ha invadido, no es el dios de los antiguos...

- Abandono a los dioses de los antiguos. Lo que creíamos no es sino la sombra de esta nueva fe, que es que existe en los cielos un padre que no castiga, sino que nos ama y nos protege. Porque por aquél que tanto sufrís, aquél por quien tanto lloráis no es aquél padre terreno que os ha faltado sino aquél que habita en las profundidades de vuestro corazón...

La madre comienza poco a poco a murmurar, sin oír lo que dice su hija. Las voces de una y de la otra se escuchan al mismo tiempo. El espacio se abre, se desarticula, la casa deja de existir. Las acciones se hacen arbitrarias, se pierde la ley que ordenaba este mundo. La madre al hablar se despide de la vida. Un orden nuevo lo invade todo, es, tal vez, una nueva forma de locura.

- Nosotros sabemos a quién invocar, nosotros sabemos a quién agradecer la vida. No necesitábamos otro conocimiento. (Inchiñ kimnieñ ta iñ kimün. Ka kimnieñ chumnechi ta ñi mañumael. Duamlaiñ kakeche ñi kimün).

La oración de la madre se hace cada vez más oscura e incomprensible. La madre retrocede a su lengua y habla la voz de los antiguos.

Luego, cae el silencio. La madre se deja morir. Las hijas la rodean y la amortajan. Comienzan las ceremonias fúnebres. Se produce una gran procesión, un poco pagana y un poco cristiana.

La niña se despide de su tierra.

Ahora que sé leer, ahora que aprendí a escribir, ahora que me es posible comprender la lengua de mi padre, pude enterarme de todo lo que se dijo de mi madre. Ella mi madre, lejana en el tiempo y en la historia, aparece en estas escrituras retratada como una hechicera, que era muy deshonesto en materias venéreas, se decía, que podía aparejarse y vivir desenfrenadamente todos los vicios y todos los pecados. Ella, mi madre, surge en estos relatos, sarcástica, de piernas abiertas y provocadoras inquietando las fortunas de los amigos de mi padre. Ella, mi madre, mi hermana; ella, la misma que yo he querido, la misma que me ha faltado.

Que necesito expresar en la misma lengua de mi padre, y para que quede escrito del mismo modo, una historia distinta de mi madre. Porque no es posible que sea tanta la injusticia que se cometió con ella. Que vengo a defenderla con mi pluma y eso será bastante. Porque del mismo modo que la pluma de ellos la ha deshonrado, la mía habrá de lavar su horrible sangre. Porque la historia de mi madre contiene la historia de otras tantas, la pena de mi madre se mantiene en el tiempo como una pena profunda de la que no hemos podido sanarnos.

La historia de mi madre fue la historia del deseo unida a la historia del poder. Mi madre pagó con su muerte ser cacique y ser mujer. Mi madre fue para los amigos de mi padre una obsesión: que no es posible ser tan hermosa y vivir alegremente. Que sus pechos herían la noche, que sus caderas humillaban el día, que su pelo corría tan libre por su espalda que hacía nacer la envidia en el corazón de todas las víboras.

El cuerpo de mi madre fue colgado en la plaza pública, para hacerle honor, se dijo sin ironía. Su hermoso cuerpo deseado por todos, se descompuso al horror de viento como un territorio misterioso que nadie pudo descubrir.

Yo vengo desde este siglo a llorar y a traer las flores para esa ceremonia fúnebre que nunca se realizó. Porque no puedo seguir sintiendo el fantasma de mi madre que me ronda. Necesito lavar su cuerpo y ordenar sus cansados cabellos. Necesito arreglar el cadáver de mi madre, para que todos conozcan a la mujer que fue. Quiero llevar a la plaza pública el cadáver de mi madre y quiero que todos se presenten a rendirle honores.

FIN

Notas:

1. El siguiente texto reemplazó al último monólogo de la niña en la versión realizada en el Teatro de la Universidad Católica de Chile, año 1993.

"Del paisaje de mi infancia ya no queda nada. La guerra, como el mar, avanzó sobre los campos y se llevó el arroyo donde me bañaba con mis hermanas. Mi madre se aleja en el tiempo. Ya no tengo más que el recuerdo y esta forma de escribir que he heredado de mi padre para conservar la memoria protegida del olvido. Hablaré la lengua de mi padre para narrar lo que he visto. Escribiré la historia de mi madre para que todos conozcan a la mujer que fue".

2. Los textos del delirio del extranjero están extraídos de un escrito de Don Luis de Morales, deán del Cuzco en 1541, citado en el prólogo de "Bartolomé de las Casas. Obra Indigenista", edición de José Alcina Franch. Alianza Editorial, 1985.

Inés Margarita Stranger. Correo electrónico: istranger@uc.cl

Todos los derechos reservados
Buenos Aires, 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar